

ESPERANDO AL HÉROE¹

Fernando Orduz*

Entrada

Aún es imposible saber qué efectos tendrá la experiencia que estamos viviendo sobre nuestra salud mental, sobre nuestra vida cotidiana y sobre nuestros oficios y prácticas. Y es justamente a eso, la incertidumbre, a lo que nos enfrenta la pandemia.

La omnipotencia humana, que pretende controlarlo, predecirlo y prevenirlo todo, por estos días anda ansiosa buscando certezas y verdades. Cada uno echa mano de sus ideales para crear su pequeño dios: los salubristas apostolan por los cuidados higiénicos, los economicistas por el capital que garantizará la vida y los espiritualistas nos anuncian la llegada de un nuevo orden.

Es por su propio equilibrio mental que la humanidad busca un héroe —el cual seguramente llegará revestido de poder científico— que, como en los cuentos infantiles, pueda derrotar las fuerzas de la oscuridad. Si este fuera un capítulo de Juego de Tronos, diríamos que el ejército de los muertos ha derribado el muro de nuestras certezas, y buscamos entre los diversos titanes alguno que con su fuego destruya la presencia del mal.

Hace siglos, el virus oriental de la Peste Negra tardó casi tres años en viajar por la ruta de la seda hasta occidente; esta vez tardó seguramente pocas horas al viajar en la primera clase de alguna aeronave. Y con la misma velocidad el mundo espera que llegue un remedio.

* Psicoanalista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Ex presidente de FEPAL. Magister en Comunicación y Cultura por la Pontificia Universidad Javeriana. <orduzsolamente@hotmail.com>

1. Ideas desarrolladas por el autor en las siguientes participaciones: Webinar de la Asociación Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica (12 de mayo 2020). *Incertidumbre en tiempo de Coronavirus*. Webinar API (22 de mayo 2020). *La alteridad, los valores y el cuidado en los tiempos del COVID-19*. Webinar FEPAL (23 de mayo 2020). *Psicoanálisis en movimiento en tiempos de pandemia*.

Pánico, encierro y reflexión

Pero, mientras espera, la humanidad asume una actitud de contrición que es visible en muchas reflexiones y publicaciones actuales.

Tomo a manera de ejemplo experiencias de encierro recientes que nuestra memoria audiovisual puede retener en los formatos de esos programas que observamos en las pantallas de televisión bajo el nombre de “realities” —sobre todo aquellos donde la supervivencia y la convivencia marcan el desarrollo de la trama—.

Los relatos de los participantes en el momento del retorno están llenos de sentimientos de arrepentimiento y promesas de cambio sobre su comportamiento en la vida. Sin embargo, semanas o meses después de la experiencia, una especie de fuerza de gravedad social volvía a llevar al adicto a sus adicciones, al maniaco a sus manías, al usurpador a la usura, y al pecador a sucumbir de nuevo a la tentación olvidada por el encierro.

Mientras el mal esté objetalizado en algún evento exterior, la bondad habitará nuestro ser como una forma infantil de protegernos. La visión de la catástrofe letal nos lleva a buscar en las promesas y en los actos de penitencia una forma de garantizar un retorno a la ficción del anhelado paraíso perdido. De la mano del miedo, nos decimos que nuestros actos en relación con el mundo ya no pueden ser los mismos, cual infiel arrepentido que promete aquello que no podrá dar.

Higiene y distanciamiento social

Para convencernos de que ello va a ser así, al menos frente al mundo que nos encontraremos en el futuro post-pandemia, las prácticas o actos cotidianos de limpieza compulsiva se multiplican por doquier.

A la manera del acto bautismal que borra nuestros pecados originales, hoy en día ese perfecto disolvente natural que es el agua se conjuga con ese otro jabonoso germicida creado por el hombre para purificar el cuerpo de la posible presencia del mal.

Ese acto ritual de lavarse las manos, tan necesario hoy en día, fue “inventado” por Semmelweis hacia mediados del siglo XIX para proteger a las madres de las fiebres puerperales. Como en muchas ocasiones, nadie creyó en la observación genial y el médico húngaro cayó en desgracia.

Gracias a nuestros temores, hoy en día las prácticas de purificación pululan no solo en forma de ritos de lavado, sino en prácticas de distanciamiento social. Es llamativo que una de las formas de protegernos contra el coronavirus sea mantener un espacio suficiente con otro para que no nos contamine, esa práctica durará mucho tiempo instaurada en nuestra cultura post-pandémica.

Los occidentales modernos que denigramos del velo de las mujeres árabes, hoy por hoy estamos preocupados por construir velos de plástico para protegernos del nocivo contacto del otro: mascarillas, guantes, latex, preservativos, aislantes de fría temperatura para protegernos de la cálida caricia del otro.

Dentro de poco los desfiles de moda nos traerán las versiones estéticas del tapabocas Coco Chanel, las máscaras de plástico serán diseñadas bajo modelos de Philippe Starck, y los atuendos aislantes tapanán más de lo que quiso descubrir Mary Quant.

Armamos una segunda piel que nos preserve del contacto letal. Ya no solo construimos distancias con aquel que desconocemos sino con el cercano al que amamos, ese cercano que históricamente nos ha inoculado fatales enfermedades, desde la sífilis hasta el sida y el coronavirus.

Paranoia social y retorno a la familia

Es claro que esta práctica del no contacto traerá una serie de beneficios sociales. Las cifras de criminalidad disminuirán seguramente, como también disminuirán los contagios. Para aquellos que gustan de las evidencias podremos confirmar en unos cuantos meses la tan citada frase de Hobbes², de que el hombre es un lobo para el hombre.

Si antes sufríamos de una cierta paranoia social frente al extraño, al extranjero, al migrante, hoy en día ese sentir lo extendemos frente al cercano, al familiar que vuelve a casa. Casi como una ordalía contemporánea, someteremos a aquel que retorna a nuestros entornos a prácticas de confinamiento. Si salen limpios de ellas los acogemos de nuevo en el espacio familiar.

Desde hace décadas, asistimos al continuo desplazamiento de masas humanas, por las trochas o caminos veredales, por los atajos, por las grandes autopistas. Los desplazados internos, los migrantes, los nómadas urbanos. Una pléyade de caminantes que hoy detienen el paso. Las fronteras se cierran, detenemos el andar incesante, en cada uno de los que se sienten lejanos hay un anhelo de retorno.

Las consecuencias de este virus invisible harían feliz a Plinio Correa de Oliveira —ideólogo de un movimiento católico tradicionalista en Brasil—: los seres humanos retornan a la familia y a la propiedad privada, pues lo público es una amenaza. En ese entorno de encierro familiar, guiados por el temor a las iras de los dioses, los discursos de lo que está bien y lo que está mal retornan a referentes tradicionales.

2. La cita de "Homo homini lupus est" se encuentra en Thomas Hobbes. De Cive: *Elementos filosóficos sobre el ciudadano*, pp. 33-4.

En los años setenta, una directora de cine italiano, Lina Wertmüller, hizo una película que en español se llamó *Arrastrados por un insólito destino* o *Insólita aventura de verano*. Es la historia de un naufragio en el que sobreviven la aristócrata y altiva dueña del yate y un marinero comunista. En la soledad del aislamiento, la conflictiva lucha de clases entre la clasista mujer y el rebelde izquierdista desaparece y surge el esperado romance de la isla desierta. Todo es declaración de amor apasionado y romántico, mientras sobrevivían al naufragio. Tras el rescate, anhelado y temido, las fuerzas del pasado vuelven a imponerse.

Mecanismos de defensa

Hay una serie de reacciones que observo en relación a la incertidumbre que, igual, son las reacciones que tenemos en la vida cotidiana frente a cualquier situación que no pueda ser tramitada por el yo. Pero estaría bien que recordemos ciertas lecciones básicas del psicoanálisis para esbozar elementos de comprensión.

Pensemos que Freud nos recordó que uno de los mecanismos típicos cuando una realidad nos supera con su impacto es **La Negación**, por ello podría decir que ahí donde el narcisismo o la megalomanía aflora, esta reacción es más fuerte. Por ejemplo, la reacción de algunos gobernantes para quienes esta situación implica un golpe a su control omnipotente. Esa realidad que se les escapa a su manipulación debe encontrar la forma de ser sometida a su dominio.

El otro mecanismo que me llama la atención es la tendencia a la polarización que dejan estas experiencias que impactan fuertemente en lo social, como fruto de una **Disociación**. No solo el virus invisible se observa como algo malo; hay una necesidad de personificar el mal en algún otro, algo así como hace Trump con los chinos, o los que tienen pensamientos de “salvemos la economía” con la posición más conservadora de “quedémonos en casa”, los que ven un oscuro futuro y los que piensan que el mañana será diferente para la humanidad, el que se arriesga aventureramente a salir de casa versus el que acata el confinamiento de forma más conservadora.

Esto último conlleva a la búsqueda desesperada de un lugar de certidumbre donde hacer reposar a un Yo que ha perdido sus ideales de referencia. Posiblemente por ello caigamos en una búsqueda, algo desesperada, de devorar información, intentando encontrar eso que llamaba en un principio: un nuevo héroe, o un nuevo dios. **Introyectamos** saberes, información, como quien introyecta alimentos cuando está solitario y desesperado un domingo en la casa sin tener nada que hacer.

Parecería que estoy recorriendo los mecanismos de la posición esquizo-paranoide, y posiblemente así sea, porque la situación que vivimos debilita la fortaleza de nuestro yo. Frente al derrumbe de los muros de nuestras certezas, viene la

estampida, el grito, el movimiento en masa de “sálvese quien pueda”. Huimos de un enemigo invisible, donde depositamos nuestras **proyecciones** del mal. O vienen los mesías de los que hablaba al principio, a los que nos aferramos en nuestra búsqueda de héroes que sigan soportando nuestros **Ideales**.

He hablado de negaciones, disociaciones, introyecciones, proyecciones, idealizaciones, todo el conjunto de la primera posición descrita por doña Melanie. La higiene social que tanto se publicita hoy en día tiene ese matiz esquizo-paranoide.

Lazos solidarios

Frente a este movimiento esquizo-paranoide y sus reacciones, hay una serie de acciones que llaman mi atención.

Esa escena reiterada en los noticieros de los nacionales que se han quedado atrapados en otros lugares, lejos de sus cercanos, con esa ansia de volver al seno materno, a la madre tierra. Los seres que quedaron relativamente aislados de sus familiares en el contexto nacional y que violan normas de seguridad para volver a estar con los suyos, así como esa imagen de migrantes venezolanos girar 180 grados y retornar a su patria. El símbolo de la madre da seguridad frente a la sensación de inseguridad que inunda al ser humano.

Este mismo movimiento regresivo hacia el territorio materno se acompaña de otra acción, la recuperación de antiguos contactos afectivos; más que nuevas formas de contacto, que en principio parecieran imposibles, emergen los viejos amigos con los que no se ha tenido cercanía en los últimos meses o años.

En esa acción regresiva me parece importante la noción de contacto en su literalidad, el tacto del otro y el tacto nuestro sobre el otro, como quien se apoya en la piel de la madre, en su cuerpo. Esta acción que hoy pierde su materialidad encuentra un “nuevo elemento” en la cultura actual, que le da un matiz particular a esta experiencia, el contacto es sustituido por una conexión. Un sujeto llega a su espacio de soledad, y conecta algún aparato que emita un sonido o proyecte una imagen, para sentir la compañía de una voz, de una imagen, de una presencia. La interconexión virtual sustituye a la comunicación sonora, visual o háptica.

Mientras el COVID permea cualquier superficie porosa, la información y la comunicación solidaria realizan la misma acción. A ratos percibo como si se desarrollara un combate entre el ínfimo virus patógeno análogo a una esfera coronada y el invisible y digital virus informático.

Serenidad y paciencia mi querido Solin, mucha paciencia

Así decía una vieja radionovela de los años 70 en toda Latinoamérica. Y esto, creo, es a lo que nos enfrentamos hoy por hoy en nuestro encierro incierto. Las

famosas frases que el pensamiento winnicottiano nos dejó —estoy pensando en sus ideas sobre la capacidad de espera, de estar solo— hoy por hoy se hacen carne; vivimos con paciente espera el advenimiento de una especie de nuevo amanecer. Pero la sombra de lo terrible oscurece las esperanzas y anula nuestra capacidad de espera y nuestra tolerancia a la frustración.

El pensamiento en estos días oscila entre los finales fatales de película de terror y los *happy endings* de película gringa donde los héroes vencen a los extraterrestres. Los primeros deshacen los espíritus, los segundos alimentan la esperanza.

El tiempo de la espera se estrella contra los límites o las fronteras de lo posible. La experiencia nos ex/cede. Etimológicamente exceder es sacarlo a uno del camino. Por ello frente a estas situaciones de exceso, una reacción natural es el retro/ceder, buscar en el camino de regreso un lugar donde el exceso encuentre un reposo. Las certezas antiguas, las amistades antiguas, los libros y películas viejas emergen en el repertorio de las actividades del confinamiento pandémico. Esto es decir con otras palabras lo que he venido insistiendo de los retornos a los cuerpos maternos como lugar de seguridad frente a la incertidumbre.

Búsqueda de certezas que también operan en nuestra práctica.

Efectos en nuestra práctica

¿Cómo opera esto que venimos hablando en el terreno de nuestra práctica o de nuestra técnica? Esa técnica que hemos legitimado dentro de unos parámetros que las instituciones constituyen con sólidos muros de cemento y que ha servido como norma para autorizar y desautorizar diversos haceres. Nuestro dispositivo de intervención en el consultorio, y más allá de él, los procesos formativos, son técnicas que tienden a uniformizar.

En las escuelas de hace unas décadas era obligatorio el uniforme del colegio, esto favorecía una identidad, éramos la copia múltiple de una imagen única. Hoy en día eso ha tendido a desaparecer, pero se sigue uniformando los pensamientos, los estilos, la técnica se pretende única y da identidad a una escuela, a un grupo que comparte un ideal.

Si alguien practica una escansión, ya sabríamos a qué escuela pertenece; si alguien se toma 45 minutos exactos ya sé a qué otra institución responde; lo mismo si en mi proceso de análisis personal el terapeuta me habla de la envidia del pene y la castración, o sobre mi culpa y mi reparación, o sobre un falso o verdadero Self o ser. Cada quien porta una señal de identidad, una huella de los procesos formativos que de alguna forma busca repetir para afirmarse en esa identidad.

Freud fue muy cuidadoso, celoso, estricto en la configuración de su pensamiento y de su escuela. A pesar de ello, en sus escritos siempre dejó un testimo-

nio del peligro que podría surgir de que una forma única fuera tomada por un universal:

Esta técnica ha resultado la única adecuada para mi individualidad; no me atrevo a poner en entredicho que una personalidad médica de muy diversa constitución pueda ser esforzada a preferir otra actitud frente a enfermos y ante la labor que los mismos plantean. (Consejos al médico, 1912)

De la misma forma, tuvo en cuenta que las circunstancias de los fenómenos a estudiar también modifican nuestra técnica, y advirtió que un buen uso técnico no era garantía de éxito en un tratamiento:

Por otra parte, obro bien al presentarlas como unos «consejos» y no pretenderlas incondicionalmente obligatorias. La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica, y hacen posible que un proceder de ordinario legítimo no produzca efecto algunas veces, mientras que otro habitualmente considerado erróneo lleve en algún caso a la meta. (Sobre la iniciación del tratamiento, 1913)

Finalmente, esta idea de convenciones transitorias puesta a prueba por el paso del tiempo y de los hechos, será la posición de Freud sobre cualquier concepto o teoría, resaltando su carácter mutante:

Pero el progreso del conocimiento no tolera tampoco la inalterabilidad de las definiciones. Como nos lo evidencia el ejemplo de la Física, también los «conceptos fundamentales» fijados en definiciones experimentan una perpetua modificación del contenido. (Las pulsiones y sus destinos, 1915)

Esa advertencia, planteada desde los primeros orígenes de la práctica psicoanalítica, fue, con el paso del tiempo, devorada por el olvido. Lo que en mi concepto era el centro de nuestro hacer quedó desviado en la observación de las formas que contenían el proceso.

Tal vez esto fue generando por esa división entre proceso y encuadre, como si la razón cartesiana hubiese traído esa diferencia para hacer énfasis en los procesos de la forma sobre los procesos del contenido. La evolución de nuestra técnica ha estado muy acorde al desarrollo contemporáneo que cada vez enfatiza más la atención en la estética que en la ética. Empezando porque ética se ha reducido a un catálogo formal de “buenas costumbres”, como si lo ético fuera un manual de procedimiento.

El énfasis estético nos ha llevado a pensar que es más importante tener la última versión de las obras de Freud, cultivar las 4 sesiones (de las cuales Freud

nunca habló) o encontrar un par de bellos sillones donde reposar nuestras maltrechas columnas. Esto ha tomado más importancia que dedicarnos al cultivo de una escucha que no tiene forma mas allá de una atención flotante que pueda hacer enlaces con las palabras como quien observa las formas de las nubes hacerse y deshacerse.

Nos preocupa conservar la forma del encuadre porque ahí se enquistaba nuestra entidad. El encuadre como constante de nuestra práctica nos ha dado una identidad que de alguna manera da tranquilidad, da una imago en la que nos reconocemos y aporta una sensación de calma al Yo al constituir una representación de equilibrio.

Pero siguiendo la línea de Bleger, en esa calma silente del encuadre se encuentra el depósito de nuestras partes psicóticas, de las partes indiferenciadas y no resueltas de nuestros vínculos simbióticos. Tal vez por ello nos aterra cuestionarlo, desmaterializarlo. Visto desde esta óptica el sostenimiento del encuadre como una invariable tiene un matiz de acto compulsivo que nos sostiene mágicamente frente a una idea obsesiva de fragmentación.

Me pregunto, a propósito de la virtualidad, si la palabra en sí misma no es la primera presencia de algo que estando ausente es existente; mientras la carne del cuerpo es la presencia real, la virtualidad de la existencia está en la palabra, en sus diferentes formas orales y escritas.

Cuando algo no puede ser, cuando alguien no puede estar, nos deja un re-presentante. Esa fue la teoría de Freud sobre la representación, la pulsión no existe en el inconsciente sino a través de un re-presentante.

La palabra aparece cuando el objeto desaparece, cuando hablo de algo es porque ese algo no hace presencia, y cuando no puedo hacer presencia envío algo que me represente, podría no estar hoy acá y enviar mi palabra viva por algún documento escrito que me represente.

A modo de ilustración de esta idea, sostengo que la ficción y la virtualidad, recorren el pensamiento analítico en sus orígenes. Freud no veía a Juanito, pero asistía a través del medio virtual de la época, las cartas, que eran testimonio de una acción que ya había acontecido. Freud no vio a Schreber pero leyó sus memorias y las reflexionó como si fueran un texto vivo, como si Schreber fuera un hablante presente. Un último ejemplo, el análisis de Freud de un personaje ficcional como Norberto Hanold en la Gradiva, nos remite a un lúcido análisis donde realidad, delirio e imagos oníricas se confunden.

El referente por excelencia del psicoanálisis, más allá de la palabra, es esa imago onírica. Todas las noches de nuestras vidas, abrimos como en un cuento de las mil y una noches, la puerta de la bóveda escondida y viajamos por territorios mágicos, bajo lógicas de Alicia en el país de las maravillas o de movimientos cinematográficos tipo Matrix. Debe asustarse mucho el pensamiento de la vigilia

para llevarnos rápidamente al olvido de ese mundo de imagos que altera nuestras formas establecidas.

A propósito, la palabra imago tiene un origen interesante, está referido a las máscaras que se ponían en las tumbas o sarcófagos de los muertos en Egipto para que fueran reconocidos en el mas allá. Luego, las imagos dejaron de acompañar los cuerpos horizontales de los sarcófagos y devinieron en estatuas verticales, sostenidas por macizos cuerpos de piedra o de bronce que recordaban a los mártires muertos.

Cuando llegó el papel impreso con Gutenberg, palabra e imagen pudieron compartir el mismo soporte material. Bueno, cabría decir que esto ya lo habían hechos los monjes medievales cuando acompañaban las transcripciones de libros manuscritos con imágenes en los márgenes.

Los soportes materiales de la palabra y de la imagen han ido cambiando con el tiempo. Ese objeto que para muchos de nosotros se convierte en el fetiche del saber, me refiero al libro en su materialidad impresa, es un objeto que surgió hace 600 años, antes no se conocía en la forma como lo conocemos hoy, y su materialidad está amenazada de desaparecer como muchas de las materialidades que surgen como hechos históricos, y desaparecerán para ser sustituidas por nuevas materialidades como acontece hoy que leemos libros en formatos virtuales.

Nos duele perder los cuerpos que nos precedieron, la humanidad se resiste a la pérdida, a hacer duelo de los objetos que instituyeron una identidad. Pero la palabra y la imagen en tanto re-presentantes de lo ausente, sobreviven a la pérdida material, son una memoria, una psique que va habitando los cuerpos que cada época dispone para hacerlos emerger, expresar, existir.

La materialidad se transforma, pero los efectos de la palabra y la imagen están ahí, haciendo transferencias, ya sea con los cuerpos presentes, ya sea con su materialidad ausente. La palabra y la imagen nos sobre-viven, nos representan.

Qué acontece entonces con la técnica analítica atravesada por los factores contemporáneos de las redes virtuales y el internet?

Es obvio, creo, que no es lo mismo sentir, palpar la existencia real de un paciente en contraposición a verlo a través de una pantalla. Bajo esta idea se ha opuesto, desde ciertos cánones, la presencia concreta del paciente en una sesión versus la presencia virtual de las redes donde una imagen sustituye al cuerpo real.

Es curioso que estos dos elementos se opongan cuando el análisis ha creado un dispositivo que busca de alguna forma frenar la presencia del cuerpo como acto. Al poner al cuerpo en reposo en un diván, y casi ocultarlo a la visión del analista, lo que se ha intentado es potencializar la presencia de una palabra más allá de la materia corporal que lo soporta.

No podría decir que el cuerpo está ausente en un análisis de esos mal llamados clásico, pero sí que durante mucho tiempo en esos análisis, denominados también ortodoxos, no era objeto de consideración. Hecho muy curioso porque el cuerpo, por más que se ponga en oculto tras un diván, deja una serie de manifestaciones como olores, sonidos, movimientos, que hoy por hoy el mismo discurso clásico y canónico extraña por su ausencia en la virtualidad.

Si la transferencia por definición es aquí y ahora, hay algo en la virtualidad que resalta el ahora frente al aquí ¿Con quién hablo frente a la cámara en un dispositivo virtual? Con un cuerpo ausente que su imago re-presenta. La imago hace que el paciente esté ahora conmigo, pero ¿está aquí? Su cuerpo no, la imagen que lo representa sí.

Cada sistema construye unas dimensiones particulares espacio-temporales. El diván dispone un cuerpo de una manera extra-cotidiana tanto como la pantalla virtual dispone de otra organización, de una intimidad donde la imagen visual y auditiva resaltan sobre la ausencia táctil y olfativa del otro.

¿Es más real la presencia corporal de un paciente que la imagen que lo re-presenta en la virtualidad? ¿Es la vida del paciente la que acontece en el relato que nos hace al interior del consultorio? ¿El acontecimiento que nos interesa es la realidad fáctica exterior que nos relata? Creo, mas bien, que aquello que nos interesa como hecho clínico no corresponde a la vida externa del paciente, sino a lo que emerge de su relato.

De la misma forma me interrogo por el protocolo que elaboramos para presentar lo que aconteció con un paciente en sesión. Pienso que ese meta-relato es una construcción mítica del terapeuta. Meta-relato que se construye a partir de unos hechos narrativos y que conllevan a construir un tipo de mapa mental, una ficción que nos ordena una identidad que no necesariamente corresponde a la realidad fáctica o concreta de la vida del paciente.

Salida

Antes las cartas llevaban palabras y significados virtuales que tardaban semanas o meses, dependiendo de la distancia geográfica que el chasqui o el sistema de transporte realizaran; un mensaje lanzado en una botella en altamar ni siquiera tenía la certeza de una respuesta. García Márquez decía que con el cambio de sistemas de transporte, del barco al avión, ahora llegaba primero el cuerpo y después el alma.

Todo sistema de comunicación niega en su uso la ansiedad que genera la distancia del otro ausente. Lo *tele* hace que lo lejano se vuelva cercano. Los telemensajes operan como una psiqué que con su presencia nos ayuda a negar el dolor de la desaparición y la metáfora de la muerte.

La virtualidad generó que la realidad se redujera a un formato “ventana” que entre más se achica pareciera expandir más las dimensiones del universo. Algo de vértigo se genera cuando los límites espacio-temporales se derrumban o se hacen abismales. Dice Borges en *La esfera de Pascal*, cuando las certezas del teocentrismo son derruidas por Copérnico:

Esto se escribió con exultación, en 1584, todavía en la luz del Renacimiento; setenta años después, no quedaba un reflejo de ese fervor y los hombres se sintieron perdidos en el tiempo y en el espacio. En el tiempo, porque si el futuro y el pasado son infinitos, no habrá realmente un cuándo; en el espacio, porque si todo ser equidista de lo infinito y de lo infinitesimal, tampoco habrá un dónde. Nadie está en algún día, en algún lugar; nadie sabe el tamaño de su cara. (Borges, 1952)

Referencias bibliográficas

- Bleger, J (1967). *Simbiosis y Ambigüedad*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós.
- Borges, J. L. (1952). *La esfera de Pascal*. En *Otras Inquisiciones*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Sur.
- Freud, S. (1912). *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*. En *Obras Completas* (Vol. II). Madrid, España: Biblioteca Nueva. 1981.
- _____. (1913). *Sobre la iniciación al tratamiento*. En *Obras Completas* (Vol. II). Madrid, España: Biblioteca Nueva. 1981.
- _____. (1915). *Los instintos y sus destinos*. En *Obras Completas* (Vol. II). Madrid, España: Biblioteca Nueva. 1981.

Resumen

El objetivo de este texto se enmarca dentro de las reflexiones a las que la pandemia actual nos ha llevado, resignificaciones de las relaciones interpersonales, de nuestras hipótesis de mundo, de nuestra teoría y nuestras prácticas laborales. La reflexión durante los tiempos de la pandemia ha llevado al confinamiento en el espacio familiar, al interior del cual los medios virtuales han entrado a regentar la mayor parte de nuestras relaciones con nuestro entorno. Para nosotros como psicoanalistas ha sido un tiempo donde nuestro dispositivo ha hecho crisis en algunos de sus presupuestos y ha implicado una adaptación a las comunicaciones virtuales.

Palabras clave: aislamiento, comunicación, virtualidad

Abstract

The objective of this text is framed within the reflections to which the current pandemic has led us, resignifications of interpersonal relationships, of our world hypotheses, of our theory and our labor practices. Reflection during the times of the pandemic has led to confinement in the family space, within which virtual media have entered to manage

most of our relationships with our environment. For us as psychoanalysts it has been a time where our device has made a crisis in some of its budgets and has involved an adaptation to virtual communications.

Key words: isolation, communication, virtuality